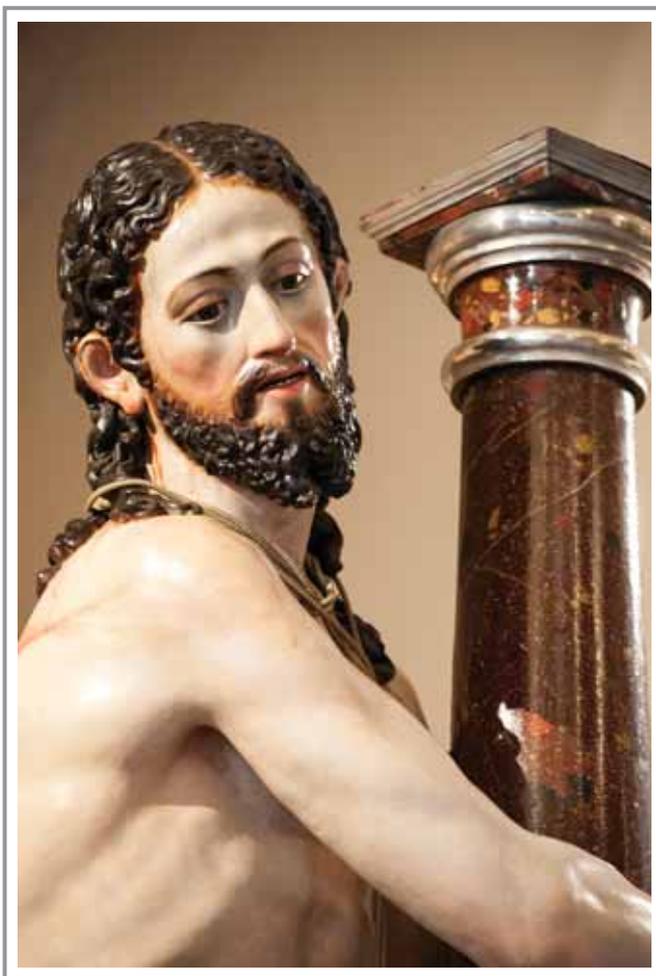


JESÚS JULIO CARNERO GARCÍA



PREGÓN 2017

Semana Santa
Medina de Rioseco

PREGÓN DE
SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO
2017

Jesús Julio Carnero García

© Junta de Semana Santa

© del texto, su autor

Portada: La Flagelación, Escuela Castellana, siglo XVIII. Hermandad de la Flagelación.

Fotografía de: Rocío Martín

Imprime: Gráficas Gutiérrez Martín

DL VA 143-2016

PROCLAMA

EN EL NOMEN DEL PADRE QUE FIZO EL CIELO Y LA TIERRA. Y EN EL DEL HIJO QUE NACIÓ DE SANTA MARÍA LA GLORIOSA Y DEL ESPÍRITU SANTO, PARA SUFRIR LA PASIÓN Y MUERTE, RESUCITANDO GLORIOSO... INVOCANDO A MARÍA SEÑORA DE CASTILVIEJO, AL SANTO JUAN EL BAUTISTA Y A SAN YAGO PEREGRINO, FAGO EL SERVICIO DE PREGONAR Y PROCLAMAR POR RÚAS Y PLAZUELAS DE ESTA NOBLE MEDINA DE RIOSECO QUE:

POR LOS HONORABLES REGIDORES DEL CONCEJO, SEÑORES DE JUSTICIA, CLÉRIGOS Y HOMES BUENOS PRESIDIDOS POR LA VARA MAYOR DE LA SEMANA SANTA, MAYORDOMOS, HERMANOS Y HERMANAS DE LAS COFRADÍAS PENITENCIALES, HAN ACORDADO, AYUNTADOS POR LA FE, LA ESPERANZA Y LA CARIDAD QUE HOY, 8 DE ABRIL, SÁBADO DE DOLORES, SE HAGA LA PROCLAMA PÚBLICA Y PREGONERA EN EL TEMPLO DE SANTA MARÍA DE MEDIAVILLA, A LAS VEINTE Y TREINTA HORAS, ANTE EL PASO DE «LA FLAGELACIÓN» DE LA IGLESIA DE SANTIAGO DE LOS CABALLEROS, PARA QUE, ANTE TODOS ELLOS Y EL PUEBLO FIEL, SE ENALTEZCAN LOS VALORES DE LA PASIÓN Y MUERTE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

SEPADES QUE ESTA PROCLAMA PREGONERA LA DIRÁ EL ILMO. SR. DON JESÚS JULIO CARNERO GARCÍA, PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE VALLADOLID.

LO FAGO POR MANDATO DEL SEÑOR PRESIDENTE DE LA JUNTA DE SEMANA SANTA, DON JULIO DE LAS HERAS GALVÁN.

ÍTEM MÁS, DAMOS PÚBLICAS GRACIAS A DIOS PADRE, A DIOS HIJO Y A DIOS ESPÍRITU SANTO Y PEDIMOS ORACIONES PARA QUE SU SANTIDAD EL PAPA FRANCISCO, VICARIO DE CRISTO EN LA TIERRA, PASTOREE CON SINGULAR TINO LA IGLESIA CATÓLICA UNIVERSAL.

DADO EN LA CUARESMA DEL DÉCIMO SÉPTIMO AÑO DE GRACIA DEL SIGLO XXI, TERCERO DEL REINADO DE FELIPE VI: EL REY.

PRESENTACIÓN

Con la licencia del Reverendo Párroco de Santa María y Santiago, D. Juan Carlos Fraile.

Autoridades que hoy nos hacen el honor de acompañarnos, Varas y Mayordomos, Hermandades y Cofradías, riosecanos del alma todos, señoras y señores.

Fieles a la llamada del Pardal y en la presencia y Presidencia de Nuestra Señora de Mediavilla, hoy Medina de Rioseco se congrega en esta Iglesia para retomar la sempiterna llamada de la Fe y celebrar en las rúas, y sobre todo en nuestros corazones, el Misterio de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús Nuestro Señor.

Como todos los años, la Cuaresma ha sido plena de actos y preparativos para llegar a este momento y en este año nos ha traído la incoación del expediente para declarar a nuestra Semana Santa Bien de Interés Cultural de carácter Inmaterial. Este es un reconocimiento al periódico y constante ejercicio de afirmación y construcción de nuestras señas de identidad que los riosecanos, curtidos de viento y páramo y orgullosos de nuestro esplendoroso pasado, realizamos cada año para perpetuar la memoria de los que nos precedieron.

En breves instantes vamos a escuchar el Pregón y el Ilmo. Sr. D. Jesús Julio Carnero García será nuestro guía para atravesar esta Puerta Dorada de nuestra Semana Santa.

Nuestro Pregonero, terracampino de nacimiento, lo es sobre todo de vivencias porque aunque su infancia la vivió al otro lado de los Montes Torozos, en Corcos del Valle, y en Valladolid capital, fueron frecuentes e intensas en recuerdos y emociones sus estancias en su zamorano Aspariegos natal, donde la presencia de su tío Mariano mitigaba la temprana ausencia de su padre.

Jesús Julio Carnero, Licenciado en Derecho por la Universidad de Valladolid comenzó su vinculación con la gestión pública en 1992, año en el que pasó a ser Funcionario del Cuerpo Superior de la Administración de Castilla y León, tras aprobar la correspondiente oposición.

Durante estos 25 años ha tenido la oportunidad de prestar sus servicios en las tres grandes Administraciones. En la General del Estado como asesor del Secretario de Estado de Organización Territorial del Estado en el Ministerio de Administraciones Públicas, en la Administración Regional, en donde ha

ocupado diferentes puestos de responsabilidad, entre ellos el de Secretario General de la Consejería de Fomento y en la Administración Local, a la que dedica ahora su tiempo y esfuerzos como Presidente de la Diputación Provincial de Valladolid desde junio de 2011.

En los últimos años su cercanía a Medina de Rioseco le ha permitido vivir muy próximamente el acontecer de nuestra ciudad. Nuestro Pregonero es un paradigma de cómo el ejercicio de la responsabilidad institucional ha devenido en una incardinación perfecta en nuestra realidad civil y semana santera. Me atrevería a decir que no hay circunstancia digna de relieve en nuestra vida ciudadana que su presencia no acompañe y realce y por ello nos acompaña puntualmente en cada Semana Santa, siendo Hermano de Honor del Gremio Hermandad de la Flagelación.

Jesús Julio, que mis palabras dejen paso a tus emociones. Rioseco te escucha.

MUCHAS GRACIAS.

JULIO DE LAS HERAS GALVÁN

Presidente de la Junta de Semana Santa

Abril de 2017

**PREGÓN DE SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO - 2017**



El pregonero, don Jesús Julio Carnero García

*A Julio, mi padre,
quien en poco me enseñó tanto.*

A Enrique, mi suegro, de alma elegante.

Reverendo Señor Párroco de Santa María de Mediavilla y Santiago de los Caballeros, *D. Juan Carlos Fraile.*

Vara Mayor de la Junta de Semana Santa, *D. Julio de las Heras Galván.*

Autoridades.

Varas y Mayordomos de las hermandades y cofradías:

1. *Don Alejandro Santamaría Díez*, con la del Santo Cristo de la Clemencia.
2. *Don Pablo Andrés Fernández Magdaleno*, con la de La Oración en el Huerto.
3. *Don Álvaro Arias Gato*, con la de La Flagelación.
4. *Don Francisco Castaño Lorenzo*, con la de Jesús Atado a la Columna.
5. *Don Carlos Rivas Ujaque*, con la del Ecce Homo.
6. *Don José Manuel San José de la Fuente*, con la de Jesús Nazareno de Santiago y de la Santa Verónica.
7. *Don Fernando Alonso-Cortés Rodríguez*, con la de Jesús Nazareno de Santa Cruz.
8. *Don Nazario Iglesias Díez*, con la de la Desnudez.
9. *Don Alejandro García Herrero*, con la del Santo Cristo de la Pasión.
10. *Don Rafael San José Rodríguez*, con la de la Virgen Dolorosa.
11. *Don Luis Rubio López*, con la de La Crucifixión del Señor.
12. *Don Anselmo Fernández González*, con la del Santo Cristo de la Paz y Santo Cristo de los Afligidos.
13. *Don Victoriano Rodríguez Domínguez*, con la del Descendimiento de la Cruz.
14. *Don José María Manso Conejo*, con la de La Virgen de la Piedad.
15. *Don Luis María Blanco Tomillo*, con la del Santo Sepulcro.

16. *Don Miguel Ángel Salán Herrero*, con la de la Soledad.

17. Y *don Roberto Rodríguez Zarzuelo*, con la de la Resurrección y la Virgen de la Alegría.

Cofrades, ciudadanos de Medina de Rioseco, queridas amigas y amigos.

En el hoy están los ayeres y año a año imagino el sonido del tapetán que acabamos de oír y sentir idéntico al de hace siglos. Seco, rotundo, pero lleno de vida. La vida del niño que lo toca, la vida en la luz fulgurante de sus ojos, en sus mejillas, «en el hoy están los ayeres», como decía Jorge Luis Borges.

Así es la Semana Santa en Rioseco y así es Rioseco. Siento que el niño al tocar quiere romper la caja, por eso da con toda la fuerza de sus pequeñas manos. Quiere descubrir la vida. Quiere saber si los sueños y la magia están dentro de ella. Quiere, como todos, adelantarse al por llegar.

Las manos del niño de hoy serán las mismas del hombre del mañana que dé el golpe cierto sobre el tablero para cargar el paso, para cargar con la vida.

Y son esas mismas manos las que mucho antes, de niño aún más pequeño, han hecho tremolar las palmas en el Domingo de Ramos al entrar Jesús con la borrica prestada, igual que el pesebre de su nacimiento, por las calles, haciendo de ellas un nuevo Jerusalén, un Jerusalén auténtico, Medina de Rioseco.

Me encomendáis riosecanos que pregone vuestra Semana Santa del año 2017 en el que «harto le está costando al almendro hacer primavera del invierno».

Con el Amparo del Cristo que nos saluda al entrar aquí, lo primero que quiero clamar a todo aquel que quiera oír es eso.... ¡vengan a Rioseco! Porque algo grandioso va a pasar, algo fundamental para el hombre está ocurriendo: los riosecanos descubriéndonos el sentido de la vida a través de los colores, emociones, tradiciones, respetos, entregas y silencios de cada uno de todos ustedes.

¡Vengan y descubran por qué se llora de alegría! Porque eso es Rioseco en Semana Santa.

No voy a contarles su Semana Santa porque sería innecesario, superfluo, amén de fallido. Solo voy a dejar que mi corazón fluya, si me lo permiten, al lado del suyo. Sentir juntos la ilusión de la vida como cristiano.

¡Comencemos!

Desde hace ya muchos años, desde la infancia, Rioseco es un lugar señero para mí. En nuestros viajes desde Corcos, donde vivíamos, hasta Cañizo y Aspariegos en Zamora, de donde somos y estaban los abuelos, Rioseco suponía la mitad del camino en un recorrido de 120 kilómetros en el que al principio no había ni tan siquiera herradura en Villanubla. Un 600 y mi hermana y yo alborotando en su parte trasera hacían que Rioseco fuera parada obligatoria. Eran otros tiempos.

Por eso al bajar por Coruñeses y otear Rioseco el alboroto se asentaba. Sabíamos dos cosas: había columpios en los jardines del Duque de Osuna y rosquillas de palo para la abuela. Y así era en verano, en Navidad y en Semana Santa. Y Semana Santa en Rioseco era fiesta. Así lo percibía y claro que lo era, claro que lo es.

Un día no paramos y mi hermana y yo no entendimos. Luego supe que ya no había a quien comprar rosquillas de palo. La abuela, que reponía los huevos de las gallinas en los ponederos para que su nieto al levantarse de la siesta sintiera el prodigio de encontrarlos, había muerto.

Fue mi primer encuentro con la muerte. Nada entendía entonces. Hoy sí. Y ello es gracias a lo que mi abuela enseñó a mi madre y ésta a nosotros. Ser cristiano es un privilegio. Y esa es la mayor fortuna que día a día me entrega mi madre. El enseñarme que, como dijo Claudio Rodríguez, «siempre la claridad viene del cielo».

Pasaron los años, demasiados pocos, y se fue mi padre. Todo se derrumbó con 14 años. Las primeras enseñanzas de la abuela y de la madre eran una contradicción, del cielo no venía la claridad, pensaba. La adolescencia y la juventud eran un torbellino en búsqueda continua del padre en cualquier rincón.

Y con los amigos, ya en la Facultad, en Semana Santa íbamos de procesiones, Bercianos, Zamora y Rioseco que era destino preferente.

Y al llegar a Coruñeses empecé a sentir Rioseco grande, pero ya de otra manera que nada tenía que ver con la infancia. Su perfil se mostraba inquietante pero firme entre los tesos de San Andrés, el del Castillo y el del Moclín. Santa María aparecía como una señal-guía, un puntero, un faro, hacia el cielo que yo seguía sin querer ver.

Me sorprendían los colores únicos de las procesiones del Jueves y Viernes Santo. Rioseco sabía, pensaba yo, que todos somos iguales. Empezaba a darme cuenta de que las ausencias nos igualan, de que la pena por los que se han ido no son patrimonio exclusivo de algunos, sino que a todos nos viste de morado y negro como en la «Del Mandato y la Pasión» y de blanco como en la de «La Soledad».

En eso Rioseco toma ventaja. El mismo hábito para todos los hermanos y para muchos de ellos vistiéndoles en la andadura del último Camino.

La juventud es un territorio donde el sentido de pertenencia a una idea, a una costumbre o a un lugar empieza a perfilarse. En ella, en mi juventud, yo empecé a sentir nuestra tierra, nuestra querida Tierra de Campos. Este espacio en el que todos los terracampinos nos anclamos, este espacio donde el tiempo no tiene cabida, porque esta Tierra de Campos es la misma de antes y la idéntica del mañana.

«La Tierra de Campos invisible de pura visibilidad» como dijo Francisco Pino. Esta Tierra de Campos que con su cielo nos envuelve para hacernos grandes al sentirnos pequeños. Este espacio, donde el pensar es un ejercicio sencillo a la vez que recurrente, donde las dudas se desvanecen en el horizonte. Este espacio donde ustedes, los riosecanos, emergen como el gran mascarón que capitanea Tierra de Campos.

Esta tierra en la que nuestros agricultores piden compasión al cielo por los rigores y lo siguen haciendo como siempre: con las manos abiertas, como lo hace el Santo Cristo de la Clemencia.

Tierra de Campos y Rioseco, Rioseco y Tierra de Campos, una mirada al cielo desde el cielo.

¿Y cuánto tiene que ver su Semana Santa en ello? ¿Y también, acaso ella sería igual sin este cielo de esta tierra?

La Semana Santa de Rioseco es intemporal como lo es la Tierra de Campos que la habita.

En esta tierra amplia, que es la nuestra, yo seguía haciéndome preguntas. Yo buscaba en la Semana Santa riosecana y en todas las Semanas Santas, por todos los rincones, a San José. Buscaba y buscaba, sin encontrarlo, al Padre Carpintero de Jesús. Me parecía paradójico por increíble, por incomprendible, que el hijo de un carpintero que se dice Rey pudiera acabar muriendo en un madero de olivo en forma de cruz, llevado sobre sus hombros y arrastrado entre sus sufridas manos como bien expresan Jesús Nazareno de Santiago, amenazado por un sayón frío y calculador y por un soldado ridículo, y el Nazareno de Santa Cruz, acompañado por el labriego Simón de Cirene.

No era consciente que a quien buscaba realmente al perseguir a San José era a mi padre. Un día se deshizo la duda. Me di cuenta que hablaba con él, con tranquilidad, mi padre estaba en mi corazón. Allí lo encontré. Había desaparecido el duelo y la claridad del cielo me arropaba.

*«Y para ver hay que elevar el cuerpo,
la vida entera entrando en la mirada
hacia esta luz, tan misteriosa y tan sencilla,
hacia esta palabra verdadera.*

...

*Es el olor del cielo,
es el aroma de la claridad»,*
nos sigue diciendo Claudio Rodríguez.

Mi madre, al fin, había vencido después de tanto tiempo.

Los años me han ido acercando cada vez más a esta Semana Santa emocional. A esta Semana Santa tan ritual, tan llena de vivencias, en la que la Ciudad se ha adaptado, se ha acomodado, sin que nadie lo note, para que los «passus», es decir, las escenas de pasión transiten por sus rúas y rincones y no al revés. Es como si siempre hubieran existido. Y es que siempre han existido.

Esa es su grandeza: su persistencia auténtica, haciendo ustedes lo que siempre hicieron sus padres y éstos lo que, a su vez, hicieron los suyos.

Siglos y siglos de esplendor y también de decadencia, pero siempre haciendo por expresar su Fe.

Y cómo las manos de los Bolduque, Díaz de Tudanca, Muniátegui, Tomas de Sierra y tantos otros han expresado con su azuela, buril, maza, cuchillo de talla, escofinas, cepillos y punzones el dolor, la expresión de dolor de Nuestro Señor Jesucristo y su Madre.

Y cómo con la gubia han cincelado caras y manos hasta acabar modelando la manera de ser de todos ustedes, los riosecanos.

Estoy casado con una palentina, hija de riosecano, nacido en esta misma calle de Santa María que hoy nos acoge. Hombre de prestancia extrema, como su fe, mi suegro, en su larga y dura enfermedad, me enseñó que la entereza es la elegancia del alma. Nunca la perdió, nunca dejó de ser riosecano.

Y hoy, sigo bajando por Coruñeses en mi responsabilidad en la Diputación Provincial de Valladolid y el perfil de Rioseco se me antoja ahora sereno, plácido y «las cuatro naves varadas del páramo en que las aves tejen nido» de Unamuno se me aparecen como responsables de una plenitud única, de una personalidad excepcional, la de todos ustedes.

No hay otro lugar en el mundo en que se explique mejor y con mayor delicadeza la vida del Apóstol Santiago que a través del retablo de la iglesia de Santiago de los Caballeros. Rioseco hito en el Camino, siendo parte de esa seña universal que es Santiago. Rioseco, esencia del peregrinar, «per agro». Porque eso es lo que hacemos con nuestras vidas, peregrinar por el campo hacia nosotros mismos.

Los retablos son la verdadera red social de nuestros antepasados. Ellos, los retablos, que con tan poco contaban y cuentan tanto. Ellos son expresión ejemplar de que la comunicación es la esencia en el hombre siempre.

Hemos entrado en esta tarde de sábado aquí, en Santa María de Medavilla, y su retablo «armonioso y bello, quizá uno de los más bellos de Castilla» como dijo Esteban García Chico, desde el primer instante nos ha empezado a mandar mensajes sobre la vida de nuestra Madre la Virgen María. «Seguimos» a Becerra, Juan de Juni, Mateo Enríquez, Pedro de Oña, Esteban Jordán y ellos «nos siguen». La Asunción de María se convierte en «tendencia», aunque Bolduque con un último mensaje, en lo más alto, nos

habla de la Cruz. Y lo hace con unas dimensiones inmensurables, desde la Cruz más grande de Rioseco. Es el Cristo del Calvario.

¿Acaso en tan poco espacio se puede decir tanto y con tanta belleza? ¡No me digan que no se pierden en él! Cuanta sabiduría la de los de antes para expresarnos lo esencial de manera majestuosa a la vez que sencilla.

La Cruz, allá arriba. La Pasión, una única palabra, pero con variadas voces, como nos recuerda el Cardenal Amigo.

Voces de nuestra Semana Santa en cada rincón de nuestra provincia. Valladolid es Semana Santa. Voces con personalidad propia que nos muestran en cada pueblo, la tradición, lo atávico, el misterio de nuestra Fe, el porqué y para qué estamos aquí. Pero una única palabra, la de Nuestro Señor Jesucristo, que ustedes, los riosecanos, han querido que se exprese con una voz al aire libre cada año. Verdadera y profunda catequesis para todo aquel que quiere mirar desde el interior.

Y en esa catequesis ocupa hoy un lugar especial, dado que preside este acto, «La Flagelación» del Gremio Hermandad de Nuestro Señor de la Columna, que ha querido que yo sea Hermano de Honor.

No puedo sino responder con eterna gratitud. Lo hice ante la Hermandad recientemente en el acto de entrega de dicho Título y lo reitero ahora, más si cabe aún, ante la presencia del paso.

De dicho acto, celebrado el pasado 5 de febrero, y conducido por quien es uno de los profundos concededores de esta Semana Santa, el Secretario de dicha hermandad, D. Miguel García Marbán, quiero resaltar dos hechos, uno entrañable y otro con una carga profunda de justicia, inteligencia y futuro.

Fueron tres niñas las que con sus manos me impusieron la medalla de la Hermandad. Y lo hicieron con esa sinceridad que solo los más pequeños atesoran. En la expresión de sus ojos vi que cada día su Semana Santa será aún más grande.

El segundo de los hechos fue el anuncio por parte del Presidente de la Hermandad, D. Víctor Caramanzana, del acuerdo tomado esa misma mañana por la Junta Directiva por el que en el reglamento de la Cofradía

queda incorporada la mujer con los mismos derechos y obligaciones que los hermanos.

Hermanas y hermanos, ya todos cofrades. Reconocimiento reglado que se abre paso de forma natural en esta Hermandad. Igualdad entre hombres y mujeres a la que todos, y cada uno desde nuestras responsabilidades, debemos de aspirar y luchar por ella.

Pero más allá de este hecho, de ser Hermano de Honor, quiero compartir con ustedes por qué este momento de la Pasión de Jesucristo preside este acto. Por qué he querido pregonar su Semana Santa ante él.

Cristo atado a la columna y ensangrentado con la presencia de los dos romanos que le infligen el castigo. La evidencia del dolor, la expresión visible de la Pasión. Ya no hay vuelta atrás. El castigo físico comienza.

Quiero pensar con ustedes en este instante. Quiero pensar en todos los Jueves Santos en los que aparece por las calles riosecanas, el dolor expreso por primera vez. Más allá de la madera maravillosamente cincelada en cara, manos, ¡fíjense!, y espalda y de un tablero único por bello que sustenta el paso, quiero meterme dentro de Cristo y sentir con Él.

Ese dolor incontenible producido por el látigo, por el «flagrum taxillatum» romano, no es solo dolor propio, único. Es ya dolor compartido por expreso. Y Jesús ahí ya tiene el corazón arrancado. Él aquí ya sabe que su madre pronto va a ser Madre Dolorosa. Los dolores anteriores de ella no son comparables al que aquí arranca. Él, aquí en la Flagelación, se sabe ya sufrido al sufrir.

Y pienso que este instante será para Jesús derrota. ¿Cuántas veces al hacer sufrir a los cercanos, no se redobra el sufrimiento en nuestro interior?

La Dolorosa. La Madre llena de dolor por los cuatro costados. Llena de sus siete dolores pronto en su lamento, pero llena también de cada uno de nuestros dolores en su mirada abatida, en sus manos derrotadas, desfondadas, ante su hijo que pronto será Santo Cristo de la Pasión, justo antes de morir.

Jesús se nos aparece en Rioseco «atado a la columna», mínimo y bellísimo. Es el Ceomico. Carlos Amigo, cofrade del mínimo Ceomico, y Fray Carlos sirviendo siempre al «mínimo y dulce fraile de humildad Francisco

de Asís» del que dijo Paco Umbral «su universalidad inevitable es el hallazgo de lo pequeño». ¡Y que pequeña gran coincidencia, Ceomico y San Francisco en el Cardenal Amigo!

Derrota y escarnio. Jesús vestido de púrpura, corona de espinas y caña entre sus manos. Ecce Homo. «Aquí tenéis al hombre», dice Pilato. Pero con anterioridad a la violencia y a la mofa, también hubo dolor. El dolor que parece que no lacera porque no es expreso, no se ve, pero que duele aún más que éste porque está en las entrañas del hombre.

Jesús solo en Getsemaní. En el Monte de los Olivos siente tristeza y angustia. «Me muero de tristeza» les dice a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, Santiago y Juan. El dolor que no vemos: toda la tribulación del hombre, la traición, la impaciencia, el abandono, la insensibilidad, el miedo, el abatimiento, la tristeza. Todo eso somos y todo eso sintió Jesús.

Jesús es hombre porque «se muere de tristeza» ¿Cuántos a nuestro lado están tristes? ¿Acaso no es conmovedor que el hombre esté triste? El cristiano, el hombre, así lo creo, solo con la Cruz, con la Fe, puede salir de este Getsemaní, de esta almazara que es muchas veces nuestra vida.

La ciudad de los Almirantes sabe bien del significado de la Cruz. La historia de Medina de Rioseco es la historia de la familia de los Enríquez, quienes marcaron el ascenso, el esplendor y la posterior decadencia de la ciudad.

Y en ese esplendor los gremios artesanos iniciaron la creación de las distintas cofradías que a lo largo del tiempo, además de procesionar, llevaron a cabo una importante labor asistencial y educativa.

A través, primero, de las tres grandes creadas por los gremios de artesanos: Nuestra Señora de la Soledad y Quinta Angustia, la de la Vera Cruz y la de la Pasión, para luego diluirse en las 17 hermandades actuales. Aquí no hay interrupciones. De penitenciales a gremios y de éstos a cofradías.

Y siempre este sentimiento de hermandad ha permanecido. Hoy las cofradías riosecanas se llaman «hermandades» no solo como reconocimiento a la tarea que realizaron en el pasado, sino también por la labor que hoy desarrollan en este páramo asolado que muchas veces es nuestra sociedad actual.

Y formando parte de esa historia aparece la figura de los gremios, verdaderos artífices históricos de la Semana Santa riosecana, tanto en la creación de las cofradías históricas como en el mantenimiento de los desfiles procesionales cuando éstas desaparecen.

Gremios y poder municipal han dado en los distintos momentos históricos continuidad a los desfiles procesionales. Cada uno en tiempos y por motivos distintos, pero cada uno desde su responsabilidad y por amor y respeto a la Semana Santa riosecana.

Por ello, si hay un momento único, diferente, notable y definidor, es el que media entre el refresco y los Oficios antesala de las procesiones. Los cofrades se recogen unos a otros, como lo hacían los antiguos gremios portadores de los pasos, y hacen que Rioseco se llene de luz, color y algarabía en ese desfile cuyos protagonistas son los hermanos que van a tener el honor de cargar los pasos. Éstos todavía no están en las calles y todos los riosecanos se vuelcan con sus héroes cuyo único pertrecho es su corazón enternecido y su horquilla en sus manos que luego servirá, ¡y tanto que servirá!, para calmar el cansancio hecho dolor entre cada poso.

Y con esas armas se plantan ante la autoridad municipal, reconociéndoles con su presencia que, en otros tiempos, cuando todo parecía derrumbarse, los munícipes «tiraron» de la Semana Santa, invitándoles a presidir los desfiles procesionales.

¿Acaso hay mayor sabiduría que ésta? El pueblo de Rioseco, a través de lo que mejor le representa, sus cofradías, recogiendo a quienes les representa, su Alcalde y concejales ¿Hay mayor simbolismo?

Les confieso que me llevo un tiempo entenderlo. Pero al comprenderlo volví a aprender que cuando los gobernantes se apoyan en su pueblo y éste en sus gobernantes nada puede detener lo que ha de llegar, porque está ya conquistado.

Cada año desde que asumí mi responsabilidad en la Diputación Provincial de Valladolid he acudido al desfile de Gremios del Viernes Santo y todo ese simbolismo al que me acabo de referir, junto al blanco de las túnicas y el apacible azul, solo en algunas ocasiones, del cielo, ha hecho que quede atrapado, inmovilizado por este presente que contiene la carga del pasado y la espera del futuro.

Todo ello ha sido posible gracias al mejor heraldo de su Semana Santa, el mejor emisario, el alcalde de Medina de Rioseco, D. Artemio Domínguez González, que con sus enseñanzas me ha acabado enamorando de ustedes.

Esa es la mejor recompensa para un alcalde. Saber que lo que él quiere y siente, es decir, su pueblo, acaba siendo querido y sentido por los que no son de su pueblo.

Todos los Viernes Santo en Rioseco se produce el prodigio, el salir de los Pasos Grandes de su Capilla. Aquí, en ella, se contiene la esencia de la Semana Santa riosecana que es también la esencia del Cristianismo: la Crucifixión del Señor y el Descendimiento de la Cruz, antesala ya de la Resurrección.

Cristo crucificado. Cristo en la cruz. El camino humano llenándose de sentido, mi camino lleno ya de sentido. Y la palabra, las Siete Palabras, como testamento ológrafo del Cristianismo.

Desde el «Padre, perdónalos», pasando por el compromiso con Dimas de estar con Él ya en el Paraíso, no dejando sola a su madre, confiándosela a Juan, el discípulo cercano, hasta «el grito de abandono de Jesús», el «tengo sed» y el «todo está cumplido», para llegar al final, «Padre en tus manos encomiando mi espíritu».

Y otra vez las manos. Otra vez las manos de los riosecanos perpetrando el milagro de que «El Longinos» y «La Escalera» estén en las calles de Rioseco.

Pienso en las manos de esos hermanos sacando los pasos. Pienso en sus nudillos casi a ras del suelo. Pienso en cómo encomiendan a sus manos todo su ímpetu interior, cómo vuelcan en ellas el sentimiento de toda una vida esperando ese momento.

Y el Longinos es costado traspasado a punto de salir sangre y agua. Es decir, Eucaristía y Bautismo brotando del corazón de nuestro Padre. Y el corazón de los riosecanos abierto ante la mirada de los Pasos.

He tenido el privilegio de verlos salir desde dentro de la Capilla por invitación de los Hermanos de «La Escalera». D. José Ángel Gallego, hermano de la misma y también profundo conocedor de esta Semana Santa, siempre

me hablaba de ese momento. ¡Es algo, me decía, sin parangón! ¡Y claro que lo es! La sensación es cautivadora, tanto en su dimensión espacial como sonora.

La Capilla es pequeña. Los Pasos grandes, inconmensurables. Uno siente allí dentro que no van a poder salir, difícil pericia que puedan marchar. Y sin embargo la Capilla es a la vez grande. Al mirar a los hermanos sientes sus ausencias, sus presencias, sus recuerdos, sus errores, sus derrotas, sus triunfos, sus grandezas, sus anhelos. ¡Es tal la densidad de sentimientos!

Junto a esa sensación espacial dentro se escuchan sonidos que también la hacen a un mismo tiempo grande y pequeña. Dentro uno oye al Cadena llamando al coraje y a la fortaleza, arengando a los hermanos y preguntando si confirmamos que cada uno está en su puesto. La respuesta del sí rotundo de los hermanos. Cada uno en nuestros puestos desde la responsabilidad, cada uno dando lo mejor de uno mismo. La Semana Santa como símbolo y expresión de la vida misma.

Pero dentro a la vez que se oye, también se escucha el silencio. Un silencio inabarcable, rotundo, un silencio inmenso como los campos de Castilla. El silencio grave del que nos habla Miguel Delibes y que crea el ambiente de la Semana Santa de Castilla. Y también dentro, oímos los sonidos de fuera. Los sonidos de la calle que son sonidos de clamor, de victoria al derrotar los Pasos cada año el dintel de la puerta. Sonidos que hacen a la Capilla grande, pero también pequeña al quedarse vacía.

Allí, en ese espacio, les aseguro que se agolparon todos mis recuerdos, todos los lugares de mi infancia. Allí aprendí que las palabras se pueden oír con los ojos.

La Capilla es el vientre de la ciudad que año tras año alumbra el instante de Jesús muriéndose, pero también de Jesús yendo ya hacia la Resurrección.

Pero antes, la Madre lo acoge en su regazo en ese penúltimo dolor. Cristo desvanecido. Cristo ya muerto entre sus manos, manos preciosas pero llenas de impotencia, reflejo de la mirada perdida de María. Es La Piedad.

Ahí al menos lo tenía entre sus brazos. Ella muriéndose de dolor al sentirlo muerto.

Pero qué sentiría justo antes al verlo clavado en la Cruz, sin poder tocarlo con sus manos tiernas de Madre decidida, sabiendo que ese hijo suyo es el Santo Cristo de la Paz. El mismo que año tras año, al salir de aquí, de Santa María, obliga a contener la respiración de los hermanos hasta verlo fuera acompañando a los Grandes, junto al de los Afligidos. La Madre sin poder tocar sus manos como bien hacéis vosotros los riosecanos en la Rua, mano sobre mano, en un momento lleno de misterio.

Cómo sería para Ella ese sentimiento, sabiendo que «Jesús es un rey que rompe los arcos de guerra, un rey de la sencillez, un rey de los pobres, un rey de la paz», como nos dice Benedicto XVI. Un rey de la Desnudez.

Y más tarde, el peor de todos los dolores: la soledad. La soledad no querida. La soledad de los enfermos. La soledad de cualquiera de nosotros ante nuestras ausencias por pérdidas, por desamor, por amistades extinguidas. La soledad de nuestros mayores en sus pueblos despoblados. La soledad entre la multitud de la gran ciudad. La soledad de una sociedad que está enfadada consigo misma. La soledad por estar solo.

Todas nuestras soledades entre las maravillosas manos de La Virgen de la Soledad ¿Acaso su expresión no es la de la soledad desolada?

Y Cristo en ese instante muerto y enterrado en su Santo Sepulcro. Toda la Pasión recogida en la expresión tallada por Mateo Enríquez. Cristo con su muerte ha cumplido su palabra. Cristo en el sepulcro a la espera de sellar el fundamento del mensaje cristiano: la Resurrección. Por ella estamos aquí. Es la clave de bóveda de nosotros, los cristianos. Bien nos lo recuerda D. Ricardo, nuestro Arzobispo, en su escudo cardenalicio en el que junto al crismón elemental y las alusiones a su Ávila natal, a través de la iglesia del Carmen Calzado en las murallas, y a Valladolid, mediante el Sagrado Corazón, aparece el lema episcopal «Resurrexit», «Resucitó». Buen resumen para un cristiano.

Por ello, ahora sí, ¡dejadme que os llame de tú! Porque en el «resucitó» somos uno, el mismo, el hombre.

Rioseco ha sido un Gólgota, pero ya es Domingo de Resurrección y Rioseco es vida, es blanca mantilla, es repique de campanas, es viento al sol. El Resucitado va en busca de la Madre que va a ser Virgen de la Alegría. Es el encuentro. Es ese encuentro que todos buscamos en algún momento de

nuestra vida para quitarnos nuestra careta y que cuando llega ya no se va. Es nuestra Fe. Es el encuentro con el Viviente.

Sálgamos en este punto de Rioseco. Vayamos todos un momento a la Ciudad Eterna.

En la Epifanía de este año asistía a los oficios en Santa María Sopra Minerva, baluarte dominico y uno de los pocos ejemplos de arquitectura gótica en Roma. En la plaza de la iglesia, toda una declaración de intenciones: el pequeño obelisco encontrado por los dominicos en los jardines de la iglesia, se nos aparece gracias a Bernini sobre un elefante. Es el Pulcino della Minerva, símbolo de inteligencia y piedad, virtudes en las que asentar nuestra sabiduría como cristianos.

Dentro, como os digo, y cerca del presbiterio donde está enterrada Santa Catalina de Siena, patrona de Italia y Europa y Doctora de la Iglesia, se encuentra el Cristo Resucitado de Miguel Ángel.

Es difícil sustraerse a su belleza, es difícil no creer al verle. Cristo aparece seguro, cierto, fuerte, vigoroso. Cristo enseñándonos al camino de la vida a través de sus manos, que no están ya atadas a una columna.

Cristo ha resucitado y en la mano izquierda sostiene la cuerda, la esponja y la caña. Ya no las necesita. Y en su derecha agarra, abraza, su cruz, pero no como cualquier nazareno. No. La cruz aquí ya no pesa, no se sobrelleva, simplemente acompaña. En ella la muerte ha quedado vencida.

Otra vez las manos del hombre. Del majestuoso artista, del gran Miguel Ángel, expresando, aunque fuera de manera inacabada por él sobre un trozo de mármol, la esencia del hombre, el fundamento del mensaje cristiano. «Si Cristo no ha resucitado, nuestra predicación carece de sentido y nuestra fe lo mismo», dice San Pablo.

Y cómo parecidas manos en la misma centuria, pero unos años después, ya en la mitad del S. XVI, han conseguido que esta capilla que nos ve, la de los Benavente, sea una de las mejores joyas del renacimiento español.

En ella, los Corral de Villalpando nos muestran de manera maravillosa el misterio del hombre en su origen y en su fin, según el esquema simbólico y teológico de otro dominico, Fray Juan de la Peña.

Miguel Ángel, allí en Roma, y los Corral y Juan de Juni aquí, en Rioseco, enseñándonos a través de sus manos que el arte puede ser expresión comprensiva de los misterios de la vida.

En ellos se hace entendible lo que Santa Teresa nos dice cuando señala que «el señor no mira tanto la grandeza de las obras como el amor con que se hacen». Y yo creo que solo desde el amor pueden hacerse estas maravillas.

Al pregonar hoy vuestra Semana Santa os siento más queridos, riosecanos, porque os conozco más. Esa oportunidad me la ha dado vuestra Junta de Semana Santa y especialmente vuestro Presidente, D. Julio de las Heras Galván, quien una mañana fría de invierno se acercó con su seriedad respetuosa hasta el Palacio de Pimentel para comunicarme su propuesta de que le gustaría que yo fuese el pregonero hoy aquí.

Mi interior se paralizó, la emoción encharcó mi ser. Al despedirnos nuestras manos se fundieron en un abrazo cálido, intenso. Ese abrazo sentí que lo era con todos los hermanos y hermanas cofrades riosecanos. Supe en ese instante que sólo podría hablaros si mis manos eran reflejo y temblor de mi corazón, como el temblor de la luna en el agua del que habla Julio Cortázar.

Si os fijáis, las manos mueven el paso de la vida. El paso de cada uno de nosotros en nuestras vidas. Ellas pueden hacer daño como hace la que guía la lanza de Longinos, pero ellas también sostienen el paño que alivia nuestro sufrimiento como el que le presta Verónica a Jesús en su vía crucis.

Esas manos duras que nos pinta Castilviejo en Rioseco son las mismas que hacen que en el Arco de Ajújar se arrodille Jesús ante la presencia de su Madre, que ahí solo pude ser Virgen de la Cruz.

Esas manos hospitalarias del mayordomo al recibir a los cofrades en el fresco son las mismas manos delicadas con las que éstos se ayudan unos a otros en el momento reverencial de ponerse la túnica. Y esas manos precisas tallando a los portadores son idénticas a las que aquí, ¡y de qué manera!, amasan el pan nuestro de cada día en los diferentes obradores de la ciudad.

Y las Clarisas, con sus manos primorosas, y desde el Miércoles de Ceniza de cada año, planchan las túnicas de los cofrades convirtiéndose en

guardianas de las mismas, haciendo que en cada pliegue quede recogido, como si de un secreto se tratara, el sentimiento del hermano que la viste. Y luego ese cofrade con sus manos desplegará ese sentimiento al llevar a hombros su paso.

Sabemos que Jesús se separa de los Discípulos bendiciéndoles mientras sube al cielo. Las manos de Jesús han quedado extendidas sobre todos nosotros. Sus manos nos protegen, son como un techo que nos protege, nos dice Ratzinger. Y esta es la razón permanente, continúa diciendo, de la alegría cristiana.

Por ello, el toque del Pardal no es luto desgarrado, sino sobrecogimiento, enderezo y llamada a la claridad desde la Cruz en esta tarde ya de primavera riosecana.

¡Con la mano en el corazón, Buen Camino!

JESÚS JULIO CARNERO GARCÍA

Presidente de la Excm. Diputación Provincial de Valladolid

Edita:



Junta de Semana Santa

Colaboran:



**Junta de
Castilla y León**



DIPUTACIÓN DE VALLADOLID
PATRONATO PROVINCIAL DE TURISMO



**Ayuntamiento de
Medina de Rioseco**



PARROQUIA SANTA MARÍA Y SANTIAGO
Medina de Rioseco (Valladolid)



n j
CENTRO DE INICIATIVAS TURÍSTICAS
MEDINA DE RIOSECO



FD
Fundación
España-Duero